

Análisis

De la Tierra al Mar: la rivalidad estratégica entre China y EE.UU.

Magister Juan Battaleme

En el libro “Tierra y Mar” Carl Schmitt llega a la siguiente conclusión: la historia y el destino de la humanidad se caracteriza por la rivalidad que han tenido dos grandes fuerzas presentes detrás de toda acción humana: el espacio terrestre y el marítimo. Ambos están íntimamente conectados, siendo representados por los poderes navales y los terrestres su compulsa ha sido el eje de distintas discusiones en las escuelas de pensamiento geopolítico, sobre los fundamentos de la construcción y declinación de la hegemonía. La etapa de competencia en el Indo Pacífico, es una nueva edición de dicha competencia.

Graham Allison en su libro “Destined for war: Can America and China Escape Thucydides Trap” (2017) actualizó dicha apreciación mirando la dinámica que existe entre un poder que asciende, China, y EE. UU., que reconoce que el ascenso de la potencia autocrática supone un cambio radical a su supremacía y por lo tanto un desafío a ser atendido en todas sus dimensiones.

El autor busca alertar a los decisores sobre los riesgos reales de choque entre ambos poderes como consecuencia de la apertura de ventanas de oportunidad, en la región del Asia Pacífico. Ese posible choque también se define entre una sociedad de múltiples potencias navales que se ven hoy en la conformación del AUKUS y China, una potencia terrestre, que desea saltar al mar.

Esta situación también es expuesta por Robert Kaplan en sus libros “la Venganza de la Geografía” (2012) y “El Retorno de Marco Polo” (2018) en ambos libros revisa los postulados de la geopolítica tradicional y las opciones políticas existentes para EE. UU. dado que en el caso particular de esta mal llamada “nueva guerra fría” que tiene como escenario Asia y en particular el Océano Pacífico y como colateral el Océano Indico con ramificaciones que llegan hasta el Atlántico Sur. Kaplan al igual que Allison perciben la probabilidad del choque armado entre ambos actores y como esa tensión se traduce en la fragmentada geografía de la región en una incremental carrera geopolítica.

Encontrar una forma de maniobrar políticamente la transición entre un actor que aún persiste en su condición hegemónica y otro que aspira a serlo, a los efectos de establecer las pautas del orden internacional próximo presente, en particular evitar una conflagración que aún contenida que sea puede traer como consecuencia un enfrentamiento nuclear limitado, se ha vuelto una pregunta medular para los analistas políticos, y en el plano militar esa contienda probablemente será definida por la combinación de la fuerza militar en los espacios comunes (aéreo, marítimo, espacial) y el espacio digital que actúa como un espacio en sí y también como un conector con el resto de los espacios.

Geopolíticamente, China es -indiscutidamente- un poder terrestre. Combinados todos los presupuestos militares de Asia sobrepasan a China en apenas U\$S 50 mil millones. La brecha con el total de sus vecinos se viene acortando desde el 2008 cuando era de más de U\$S 90 mil millones. Entre su fuerza terrestre y su fuerza estratégica suman cerca de 1.300.000 hombres el resto de sus 2.000.000 de hombres en armas se reparten entre la PLN y la PLAF. Sus capacidades militares combinadas con su posición geográfica ciertamente que generan un dilema de seguridad regional.

Por un lado, compite en Eurasia continental con Rusia, e India con quienes comparte la misma condición de grandes poderes terrestres. La hegemonía regional, se dirime en el espacio terrestre, como señala Mearsheimer al mirar la distribución en el mapa de los grandes poderes. India tiene 1.247.000 hombres en su fuerza terrestre, Rusia por su parte estructura su peso en las capacidades nucleares, con una fuerza de 50 mil hombres, que combinado con el ejército llegan a un total de 320 mil hombres. Todos estos actores tienen en común fuerzas navales -comparativamente- reducidas.

Entre ellos, en especial con India, la rivalidad se ha incrementado en los últimos tiempos, provocando roces y tensiones fronterizas, lo cual nos recuerda lo frágil que es la paz en ese espacio. Potencias nucleares ambas, ninguna de ellas signatarias del ya terminado Tratado de Fuerzas Nucleares Intermedias (INF). India además continúa con un sostenido proceso de fortalecimiento de su posición marítima y modernización de sus capacidades navales, evitando que la infraestructura portuaria y naval que China construye a su alrededor – conocida como el collar de perlas- actúe operacionalmente como espacio de contención a la proyección de poder hindú.

El desplazamiento de este país a una relación más estrecha y sostenida con los países occidentales, sin tener que abandonar la sólida relación construida con Rusia, demuestra que la posición geográfica importa y que Rusia, aun cuando en su relación con EE. UU. juegue la carta China, en su relación con la potencia asiática juega la carta india. Esta situación es conocida como balance de poder dinámico y tiene un correlato por ejemplo en la compra de equipamiento militar cruzado existente, el grueso del instrumento militar terrestre indio es de proveniencia rusa, al igual que parte de sus capacidades aéreas, donde además se suman componentes occidentales y propios, situación similar a lo que sucede con sus capacidades navales. China suma tensiones con todos sus vecinos.

Bien podría argumentarse que la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) actúa como un espacio de construcción de seguridad común entre todos los involucrados en Asia Central, en especial cuando el pie de fuerza terrestre norteamericano en esa región era mayor al actual. Cierta grado de aprehensión que la etapa expansiva norteamericana generó sobre ellos actuó como incentivo a su formación. La existencia de negocios comunes entre Rusia y China no evitan que existan algunos resquemores sobre las consecuencias de la consolidación China en el espacio asiático. La incapacidad por parte de China de asegurar su iniciativa de la ruta de la seda naval hace que se vea forzada a consolidar el componente terrestre con los riesgos de movilidad que ello involucra, no solo por los actores estatales con los que tiene que lidiar sino también por aquellos actores no estatales que se encuentran presentes e influyen la política en esa región.

Rusia hace ejercicios navales como los llamados Peacekeepers o los terrestres como el Sibiu 2021, pero siempre en espacio continental del Asia o en el ámbito Marítimo. China no realiza ejercicios en conjunto con Rusia en el ámbito europeo, lo cual muestra que ambos aún con enemigos comunes tienen limitaciones a sus compromisos mutuos.



Las formaciones de buques de guerra de China y Rusia atraviesan el estrecho de Tsugaru en el norte de Japón el 18 de octubre 2021.

Pakistán, junto con Corea del Norte son los únicos aliados de China. Islamabad cumple el rol de balancear a India y lo hace gracias a una estrecha con ese país, pero al mismo tiempo demuestra la escasez de aliados importantes de Beijing en el plano asiático. En este sentido la potencia asiática depende de sus capacidades y habilidad para balancear múltiples amenazas tanto en el plano marítimo como terrestre. Una tarea que a los poderes terrestres suele resultarle particularmente desafiante.

Desde la perspectiva norteamericana el ascenso de un poder terrestre con grandes posibilidades de devenir en un poder naval es preocupante, ya que la base de su hegemonía es el dominio de los mares. Históricamente, los desafíos a la hegemonía naval occidental, primero británica y ahora norteamericana, provinieron de potencias terrestres como Francia, Alemania, o la Unión Soviética. Todas las potencias continentales hicieron intentos serios en sus conversiones navales, pero no lograron desafiar plenamente la capacidad de las potencias sajonas de controlar los mares.

La primera guerra mundial se definió por la relación de fuerzas en el plano terrestre. Las potencias navales tuvieron que trasladar el músculo naval al plano terrestre, el cual definió el resultado final de la batalla. Los bloqueos, la guerra irrestricta, y las políticas de estrangulamiento surtieron su efecto en las trincheras. Los choques navales decisivos fueron previas a la primera guerra mundial, Tsushima en 1905 es un buen ejemplo de ello, y la de mayor relevancia en el plano naval fue Jutlandia, que aun cuando quedo en los anales de la historia, difícilmente pueda ser considerada una batalla decisiva. Lo decisivo -si quiere- paso en la tierra.

El período de entreguerras fue uno de innovación y de ajustes organizacionales, de nuevas doctrinas y de la combinación de armas a fin de desarrollar y reestablecer las condiciones ofensivas perdidas en la conflagración anterior. El test último de esas transformaciones y carreras fue la II Guerra mundial, donde EE.UU. como potencia naval enfrentó de forma simultánea a un poder terrestre Alemania y a un poder naval (Japón). Pearl Harbor, Midway, Guadalcanal y la campaña de las marianas son un escenario histórico que dan una buena idea de lo desafiante que es el contexto del Indo Pacífico en la actualidad. Batallas decisivas que tendrían una incidencia directa en el resultado de la guerra en el Pacífico. La historia no se repite, pero rima y en ese sentido es que hoy las ideas sobre el uso de las diversas islas para asegurar posiciones rememora justamente a la búsqueda de diversos archipiélagos desde donde poder operar aviación de largo alcance gravitando efectivamente en la contienda.

Tal vez la URSS estuvo más cerca de lograr dicho objetivo bajo la dirección de Gorshkov, quien pudo “navegar” con éxito los mandatos continentales que actuaban como limitantes para el pleno desarrollo de todas las potencialidades navales de ese país, llevando a concentrar su diseño de fuerza naval a una oceánica, pero con características centradas en la disuasión nuclear. Basta comparar los portaaviones de la clase Forrestal con aquellos de la clase Kiev para ver las diferencias existentes en la concepción de proyección de poder.

Tal vez la excepción a lo antedicho en materia de competencia entre poderes navales y terrestres fue Japón. Potencia naval limitada por su Ejército, el cual no la veía como un factor de poder sino como meros transportadores de agentes de conquista. La dinastía Meiji modernizó ambos componentes, pero la mentalidad de conquista y no de comercio llevó a que se centrara en las capacidades terrestres. La historia selló el destino del imperio japonés en el Pacífico gracias a la combinación del poder naval y el poder aéreo norteamericano que prevaleció frente a la combinación japonesa.

Ahora es el turno de China de pegar el salto al mar acelerando su proceso de transformación en el plano naval, desarrollando el equivalente naval a la antigua “tierra de nadie” -ese espacio de aniquilamiento entre trincheras- en el espacio marítimo donde ha sido relativamente eficaz en desarrollar su estrategia de A2/DA (anti-acceso y denegación de área).

Dos pensadores navales guían la estrategia en el Indo Pacífico. Por un lado, Sir Julian Corbett quien con sus ideas sobre el bloqueo a distancia y flota en potencia marcan el ritmo de las alianzas navales en esa región del planeta. Su pensamiento se ve reflejado en el nivel estratégico por alianzas que buscan estructurar un frente común para limitar los alcances y el impacto de la transformación naval china. Tanto el Diálogo Cuadrilateral de Seguridad (conocido como QUAD) compuesto por EE. UU., Australia, India y Japón y el reciente acuerdo de interoperabilidad e intercambiabilidad entre Australia, el Reino Unido de Gran Bretaña conocido como (AUKUS).

La integración de plataformas permite tener una fuerza naval común dispersa pero que genera efectos específicos en el cálculo del potencial agresor. El concepto de la “armada de los mil buques” que tempranamente presentaba el Almirante (ret.) Mike Mullen a inicios del Siglo XXI para impulsar la cooperación naval internacional entre armadas amigas se ve hoy llevado a la práctica como parte del esquema de freno a la consolidación de china en el ámbito naval.



F-35 británicos y estadounidenses en la cubierta del HMS Queen Elizabeth-2021



Después de completar la etapa de pruebas en Norfolk, Italia es la tercera nación en aterrizar F-35B en la cubierta del HMS Queen Elizabeth – marzo 2021

El concepto de “todos para uno y uno para todos” es la evolución doctrinal del concepto de interoperatividad por el de intercambiabilidad, obligando a las armadas a un proceso

de integración funcional mayor. Japón contribuye a esta dinámica con su propia iniciativa conocida justamente como “Free and Open Indo-Pacific” que supone evitar el cerramiento marítimo que conllevaría un fortalecimiento naval por parte de China.



En la imagen: un avión F-35B de VMFA-211 aterriza en el HMS Queen Elizabeth mientras realiza una reposición doble con RFA Tidespring y HNLMS Evertsen. Mayo 2021

El bloqueo a distancia combinado con la llamada defensa de los archipiélagos es la forma en que las naciones que ven en las aspiraciones de China una fuente de conflicto. En este sentido T.X. Hammes desarrolla la idea de Offshore Control, a los efectos de llevar a cabo una estrategia que permita implementar eventualmente un estrangulamiento de las líneas de comunicación naval por fuera de las capacidades de protección que le brinda el A2/DA a China, empujando a que sea la flota china la que eventualmente tenga que salir a buscar la “batalla decisiva” o enfrentar una campaña de atrición que ponga presión en la economía de Beijing. El problema que esta situación acarrea es el tiempo que duran los bloqueos y que en el caso de China supondría una disrupción masiva del comercio internacional, por lo tanto, también afectaría a quienes imponen el bloqueo por ser políticamente insustentable, debido a las consecuencias que tiene por ejemplo sobre toda la cadena de abastecimiento global. Esta es la razón por la cual el componente terrestre de la iniciativa conocida como la ruta de la seda, tiene mayor grado de evolución a los efectos de evitar las consecuencias mas funestas de un bloqueo naval.

Por su parte, China aspira a desarrollar e implementar las ideas del almirante Tirpitz. Es por ello que están desarrollando e implementando la idea de la “Flota de Riesgo”: El incremento de los números de su flota se explican solo si miramos el hecho de que una vez pasado determinado umbral en cantidad de buques, la armada rival – en este caso la US Navy- debería rechazar cualquier tipo enfrentamiento, manteniendo un balance relativamente estable, a su vez que le permite cumplir sus objetivos políticos, ya que una

acción directa supone un riesgo de escalada que se probaría inaceptable para el país que goza de mayor poder relativo. La consolidación naval de China se encuentra directamente relacionada con restarle libertad de movimiento a las flotas occidentales. Pero China enfrenta un fenómeno que le resulta difícil de resolver en tanto no posea aliados de fuste. La PLA basa su expectativa de control temporal del mar a partir de la concentración de fuerzas, mientras que sus oponentes lo hacen gracias a la dispersión. Por ahora la ventaja esta en el terreno occidental, pero si China transforma operacionalmente las ideas de Tirpitz puede que altere el balance de poder marítimo a su favor.



Portaaviones Liaoning, participa en una exhibición militar en el Mar de China Meridional acompañado de buques de guerra y aviones de combate. REUTERS / Fotógrafo autónomo - 2018

Finalmente, y como producto de la transformación y modernización existente entre ambas potencias en particular; pero también en las flotas con mayores recursos, la dinámica en los mares de Asia nos muestra ya la integración en las flotas militares de sus componentes tripulados como no tripulados que se combinan en una sola fuerza y que completan el círculo iniciado de sensores, armas de precisión, conexiones multi-espacio, inteligencia artificial e integra. Esto está obligando a pensar las doctrinas de empleo futuro del poder aero-naval.

Si antes mirábamos desplazamiento y tonelaje y pensábamos las carreras navales en esos términos, en la actualidad no debemos pensar la dinámica naval entre los grandes poderes en términos portaaviones vs submarinos o unidades de superficie vs unidades submarinas. La carrera de las nuevas fuerzas navales se mide en materia de sensores y poder computacional y de algoritmos, la forma en que las plataformas se conectan entre sí en todos los espacios, la articulación de sus componentes tripulados junto con los no tripulados, la centralidad en la recolección de datos y la velocidad de procesamiento a los efectos de tener un impacto directo en el campo de batalla. Con un escenario abierto en una transición polar que se traduce en una región indo-pacífico más inestable, las fuerzas navales vuelven a presentar una centralidad similar a la que antecedió previo a los grandes choques globales que caracterizaron al Siglo XX. Mar y tierra vuelven a definir la hegemonía en el Siglo XXI.